

Viernes XXIX del TO
Ciclo B



25 de octubre de 2024

Ef 4, 1-6

Sal 23

Lc 12, 54-59

P. Eduardo Suanzes, msp

Pablo, al dirigirse a los de Éfeso, entra en una sección en su carta en que les explica básicamente en qué consiste ser cristiano. Y lo hace desde el inicio subrayando, haciendo hincapié, en el tema de la unidad. Para Pablo se trata de una unidad que no es externa ni mecánica o muerta, sin vida, sino interna y orgánica, viva. Se trata de una unidad que no es impuesta por ninguna autoridad exterior sino, por obra del poder de Cristo que mora en los creyentes, opera desde dentro del organismo de la iglesia¹. Los creyentes deben «hacer todo el esfuerzo posible para preservar la unidad impartida por el Espíritu Santo mediante el vínculo de la paz».

Pablo les está indicado sus compromisos de ser cristiano manteniendo un cuerpo unido. El evangelio de Juan aún no había sido escrito y Pablo ya estaba hablando de la unidad querida por Jesús en su oración sacerdotal², justo antes de su pasión y muerte. Es como si nos estuviera diciendo ahora a nosotros que no podemos desentendernos unos de otros, que somos un solo cuerpo y que nadie puede prescindir del hermano. En este sentido hay una frase en la Encíclica de Francisco, llanada «Todos hermanos», que es tremenda si la pensamos bien. Dice: «los más pequeños, los más débiles, los más pobres deben enternecernos: **tienen “derecho”** de llenarnos el alma y el corazón. Sí, ellos son nuestros hermanos y como tales tenemos que amarlos y tratarlos»³. Está diciendo que mi hermano tiene derecho a ser amado por mí; que ese derecho brota de su dignidad de ser humano.

El fundamento de esa unidad anhelada y querida por Jesús, Pablo lo sitúa en siete elementos que estimulan esa unidad: un solo cuerpo, un solo **Espíritu**, una sola esperanza, un solo **Señor**, una sola fe, un solo bautismo, un solo **Dios**. Se nota que, entre esos siete elementos, está la Trinidad (Espíritu, Señor, Dios), porque la Trinidad es una⁴.

Pablo los exhorta, pues, a que vivan como lo que son: sin son creyentes que vivan como tales. Es lo que decía el filósofo Mounier⁵ «lo que se pide a los cristianos es que sean ellos mismos. Es cierto que es aquí donde reside la revolución»⁶. Se trata de vivir en la unidad del Espíritu, siendo lo que somos

¹ Cfr. WILLIAM HENDRIKSEN. *Comentario al Nuevo Testamento: Efesios*.1984

² Jn 17, 1ss

³ FRANCISCO. *Tutti Fratelli. Encíclica, n.194*. En *Así a 3 de octubre de 2020*

⁴ Cfr. JOSÉ BORTOLINI. *Cómo leer la carta a los Efesios. Todo el universo reunido en Cristo*. Ed. San Pablo. Bogotá, 1995

⁵ Emmanuel Mounier, (1905-1950), filósofo francés católico, fundador del personalismo comunitario.

⁶ E. MOUNIER. *Revolución personalista y comunitaria*, p.355. Ed. ZERO. Bilbao, 1975

Con relación al Evangelio, Jesús manifiesta su sorpresa ante el hecho de que sus contemporáneos, tan agudos para interpretar los fenómenos naturales, y, a la vez, sean tan obtusos para comprender lo que realmente está pasando a su alrededor, en lo que tiene que ver con él. Lo que la gente no acaba de comprender es la importancia decisiva de la presencia de Jesús y de su actuación, que transmite una nueva idea de Dios y una nueva concepción del Reino. No hay la más mínima referencia al futuro; todo se centra en «el momento presente», es decir, la gran oportunidad para la conversión.

Jesús invita a «evaluar» y «apreciar» el tiempo presente. No se refugia en el pasado que él asume, ni en el porvenir que desconcierta; no quiere llevarse a su auditorio al país de los sueños. Compromete a cada uno a considerar su tiempo como habitado por Dios, con todo el peso que esto tiene. Una vez establecida esta constatación decisiva, invita a tomar medidas de urgencia: respecto a uno mismo, el compromiso; respecto a Dios, la confianza y la esperanza; los que le escuchan no quieren interpretar este tiempo como señalado por Dios para la decisión, precisamente porque rehúyen el tomar decisión. Eso mismo es lo que nos puede pasar a nosotros cuando rehuimos el enfrentarnos cara a cara con Jesús: es mejor “echarnos la manta a la cabeza” y seguir con nuestra vida normal de todos los días.

Es necesario examinar y enjuiciar rectamente el tiempo; éste es, en efecto, un tiempo de decisión, del que depende el futuro. Quien no toma la debida decisión se expone a seguir con una vida sosa y sin gracia, con una vida sin realización personal y yendo hacia delante como lo hacen los borregos. Choca que la gente no atribuyan por sí mismas, para su propio bien, toda su importancia al debido enjuiciamiento de la hora presente. ¿Por qué no juzgan? ¿Y por qué no obran conforme al recto juicio? Ahora es todavía posible ponerlo todo en regla.

Esta nueva parábola ayudará a juzgar rectamente del tiempo y a hacer lo que es debido. Tú vas con tu contrario a un proceso. Todavía existe la posibilidad de negociar con él de recurrir a su bondad, de tratar de ganarle la voluntad y así librarte de él. Una vez que ha comenzado la vista de la causa, el pleito sigue su camino. Todo procede automáticamente. Ya no tienes manera de influir. Lucas tiene presente el proceso judicial romano: hay que recordar que escribe su evangelio para los paganos del Imperio. Todos conocen lo duro e inexorable del orden jurídico romano. Del magistrado pasa el acusado ante el juez, del juez al ejecutor de la sentencia, del ejecutor a la cárcel, y de la cárcel no sale hasta que haya pagado el último cuadrante⁷.

Es como si Jesús nos dijera: «Como les pasa a ustedes a veces en su vida, que ponen el máximo cuidado en no tener que comparecer ante los tribunales, también tienen ustedes que estar atentos, y poner el máximo esfuerzo, para conducirse de tal manera que no tengan ningún motivo de miedo ni de preocupación ante la presencia de Dios en el cielo. El fuego que yo traigo es el fuego del sosiego y de la paz, pero, al mismo tiempo, de la firmeza y la contundencia de vida. Por eso hay que poner el máximo esfuerzo en ver lo que tienen delante».

⁷ Cfr. ALOIS STÖGER. *El Evangelio según san Lucas*, I. Ed. Herder. Barcelona, 1979